

# El legado moral de Albert Camus

Marla Zárate

Filósofa y escritora.

Miembro de la Sección de Cultura de Acontecimiento.

En los últimos años de su vida, Camus sufrió etapas depresivas, en medio de un bloqueo que no le permitía escribir una obra de envergadura a su gusto. Aquejado con insistencia por los bacilos de la tuberculosis, soportando las aviesas críticas que recibió su ensayo *El hombre rebelde* y, sobre todo, impotente para obtener una tregua civil en el conflicto de Argelia, que desembocaría en guerra y en una tromba de acusaciones contra él por no tomar partido, parecía casi inevitable que no le oprimiera cierta rendición creativa. Un observador al margen habría visto tan sólo la publicación de *El verano*, *La caída* y *El exilio y el reino*, los prólogos para ediciones nuevas de sus libros, sus citas con la radio o la televisión y una intensísima actividad teatral, dirigiendo complicadas adaptaciones literarias —*Réquiem por una monja*, de Faulkner, o *Los posesos*, de Dostoievski—. Tras las bambalinas, una preocupación frenética y eficaz por ayudar a argelinos, la mayoría musulmanes, detenidos o condenados a muerte, le llevaba al despacho de Malraux o a entrevistarse con el propio De Gaulle.

¡Si hasta se le había concedido el Premio Nobel! Los periódicos franceses, que sabían de Camus más que el espectador ajeno, se apresuraron a anunciar que la Academia sueca premiaba una obra concluida. Alguno fue aún

más cruel y habló de «esclerosis precoz». Camus sólo manifestó sorpresa y que su voto personal, de haber pertenecido al jurado que otorgaba el galardón, habría sido para Malraux. Éste, a pesar de discrepancias anteriores, defendió a Camus, a título privado, de los injustos dardos que la prensa escupía. En Estocolmo, poco antes de la entrega del Premio, Camus aseguraba trabajar en la novela de su madurez, *El primer hombre*.

Ciertamente, fueron islas de recogimiento los períodos cortos y febriles en que pudo dedicarse a escribir esta obra, en el tránsito de esos difíciles últimos años. Las 144 páginas encontradas dentro de su cartera, en el viaje a Lourmarin que le segó la vida, habían sido manuscritas con una letra ardua de descifrar y ninguna puntuación. Una novela de su Argelia, la que había vivido desde su infancia, en la que se había hecho hombre, el mejor testimonio para entender por qué Camus detestaba esa guerra, por qué, pese a su simpatía por los musulmanes y la indignación por su miseria y las discriminaciones que los relegaban, tantas veces denunciadas ya desde sus artículos como joven periodista en Argel, prefería el cese de la contienda, el diálogo, una federación franco-argelina a la independencia. Mitad francés, mitad español, Camus pertenecía a la tercera generación por ambas

ramas de una familia cuyo suelo natal era orgullosamente Argelia y se sentía tan indígena como los árabes. No podía querer el exilio que supondría la escisión para los franceses argelinos. Y, aunque él mismo había contribuido a la Resistencia durante la segunda guerra mundial, ¿cómo iba a apoyar al FLN, que había emprendido sus reclamaciones con ataques terroristas, cuando su madre aún seguía viviendo en Argel?

*El primer hombre* quedó inacabada y, a falta del permiso familiar, su publicación se retrasó hasta este mismo año.<sup>1</sup> Incompleta y sin correcciones, esta novela habla, con ese estilo limpio y hondo del autor, con la consistencia natural de la carne y la efectividad subjetiva de la mirada humana, de la añoranza de un padre que no conoció, muerto, como tantos otros padres de niños argelinos, en la primera guerra mundial; habla de ese vacío de la herencia, de la falta de lecciones morales, de tener que crecer sin el trampolín del pasado, como el primer hombre que surge desde la nada. La nada es la ausencia de religión, el aprendizaje necesariamente solitario de la distancia entre bien y mal y es, además, la pobreza, de los bienes y la cultura.

Muchedumbres enteras habían venido aquí desde hacía más de un siglo... Y sus hijos y nietos se habían encontrado en esta tierra como él

mismo se había encontrado, sin pasado, sin moral, sin lección, sin religión, pero felices de estar allí y de estar en la luz, angustiados ante la noche y la muerte. Todas estas generaciones, todos estos hombres venidos de tantos países diferentes, bajo este cielo admirable del que subía ya el anuncio del crepúsculo, habían desaparecido sin dejar huella, encerrados en sí mismos. Un inmenso olvido se había cernido sobre ellos, y en verdad era eso lo que dispensaba esta tierra...

...y él había tenido dieciséis años, después veinte, y nadie le había hablado y había tenido que aprender solo, crecer solo, en fuerza, en poder, encontrar sólo su moral y su verdad, nacer en fin como hombre para nacer aún en un nacimiento más duro, el que consiste en nacer para los demás, para las mujeres, como todos los hombres nacidos en este país que, uno por uno, intentaban aprender a vivir sin raíces y sin fe...<sup>2</sup>

Es éste un libro escrito para su madre, para decirle a ella quién es él y cómo la quiere, pero su madre no sabe leer. «Con todo, Jacques no deseaba en absoluto cambiar de estado ni de familia, y su madre tal como era seguía siendo lo que más quería en el mundo, incluso queriéndola desesperadamente. ¿Cómo hacer comprender además que un niño pobre pueda tener a veces vergüenza sin envidiar nunca nada?».<sup>3</sup> Es un libro que cubre la nostalgia de lo que nunca se tuvo, el ejemplo, con la grandeza de haberse puesto en pie desde ese hueco: Por eso Jacques, que representa a Albert, arranca en sollozos tras la sentida lectura de su maestro de *Les Croix de bois*, cuando el protagonista, que el muchacho asocia al padre, en las trincheras durante la primera

guerra mundial, muere al fin. Y el severo maestro, que regalará más tarde ya al hombre ese libro, conmocionado por la caverna que impele al niño a llorar, le defiende otro día de una acusación de protegido, confesando que, al menos en la escuela, quiere cumplir la misión de ser, para los huérfanos, un sustituto del padre arrancado. A causa de esa carencia denunciada y explícita, descubre el pequeño las caras ambiguas y el dolor de la lucha y la venganza: queriendo salvar por sí mismo su reputación de mimado, reta al compañero que se atrevió a insultarle ante la clase. La pelea tiene lugar con toda formalidad. Jacques-Albert hiere y gana. Pero no hay delicia en la victoria: «...una tristeza taciturna le encogió el corazón viendo la derrota en el rostro de aquél al que había golpeado. Conoció así que la guerra no es buena, ya que vencer a un hombre es tan amargo como ser vencido».<sup>4</sup>

A la luz de las confesiones de quien se contruyó para sí una moral, con la certidumbre, no la imagen, de lo que es la pobreza, en la cercanía de los más débiles, sin consuelos en un país tan radiante como atroz, tan hermoso como desnudo, se entiende la independencia de juicio de Camus, su manera vital de acometer el arte, medio y asilo de la rebeldía, en el límite de la naturaleza y la finitud, sus críticas a la historia y a cualquier modo, legitimado o no, de asesinato. Le costó su amistad con Sartre, cuyas posturas pro-estalinistas se impusieron al afecto, tal como escribió en *Les Temps Modernes* (agosto de 1952): «También la amistad tiende a volverse totalitaria; es necesario estar en todo de acuerdo o exponerse a la desavenencia». El mundillo intelectual en el París de entonces se puso de este lado. Sólo

lo la izquierda no comunista parecía asentir con Camus.

En cambio, ahora se le rinde homenaje en los periódicos, se asegura que, frente a Sartre, «tenía razón» y se ensalza aquello que se le reprochaba, que fuese un moralista teórico. Los acontecimientos han variado y se modifican los juicios. Hoy hasta se critica el compromiso en los escritores, por la decepción que ha causado la política. Pero el mérito de la literatura de Camus no estriba, por más que se refleje en ella, en qué orilla no eligió; sino en la libertad con que lo hizo. Para crear privilegiadamente hay que desencadenarse de los otros y atarse, en todo caso, sólo a uno mismo. Camus contrarió a muchos en su tiempo y tuvo que soportar la tristeza del rechazo. Sin embargo, un autor no es responsable del efecto de su obra; lo son más bien los que la asumen como decálogo, deseosos de adscribirse a una guía, o los que la condenan porque no coincide con sus opiniones, en vez de disfrutarla y, simplemente, acrecentarse. Camus no entendía la libertad sino con justicia social. Era su opción —para mí impecable—, igual que la de no ser creyente. No merma ni acentúa su estilo luminoso y rebelde, los mitos que creó para nuestra experiencia. Ha habido otros artistas tan geniales como tal vez humana o políticamente errados. El arte está más allá del bien y del mal. O puede que esté muy acá y por eso siempre emerge, con asombrosa soltura, en su frontera. **A**

#### Notas

1. Camus, A.: *Le premier homme*. París, Gallimard (Cahiers Albert Camus, 7), 1994.
2. Extractos de la obra citada, págs. 178-9 y 181. Las citas que se incluyen en este artículo son traducción de la autora. Alianza prepara para finales de año una edición de las Obras Completas de Camus.
3. Id., pág. 188.
4. Id., pág. 146.